

Los remedios para la despoblación de Francia.

("La Nación", Buenos Aires (R. A.), 17 marzo 1913).

LOS REMEDIOS PARA LA DESPOBLACION DE FRANCIA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, abril de 1913.



Os he hablado del problema de la repoblación de Francia y de su a mi parecer más íntimo aspecto, y hoy quiero decir algo de los remedios, la mayor parte de ellos externos y superficiales, que los sociólogos—¡el sociólogo! ¡horror, horror y horror!—proponen.

En el semanario la «Revue Bleue» viene publicando M. Paul Gaultier unos artículos muy ligeritos, pero no mal documentados, y, sobre todo, óptimamente intencionados a este respecto. El señor Gaultier es, sin duda, un ciudadano benemérito de su patria. En el último número que he visto de la revista, el del día 10. de este mes de marzo, publica un artículo sobre los remedios para la despoblación, que voy a permitirme comentar aquí.

Empieza por prerrotular a este artículo con este título general «Le mouvement philosophique», y francamente no veo que el problema cese de la despoblación y repoblación de Francia, o de otro país cualquiera, sea, en rigor, un problema filosófico. Aunque se llama filosofía a tantas cosas... Pero esto vale poco.

Empieza M. Gaultier haciendo notar que no puede prescribirse un solo remedio soberano para el mal, y de hecho así sucede con las enfermedades, que exigen ante todo un régimen complejo de curación. Y luego hace observar muy juiciosamente que si se ha puesto en duda la eficacia de las leyes es porque se ha exagerado ésta, ya que si no lo pueden todo y a menudo pueden muy poco, es falso que no puedan nada. ¡Y tan falso! No hay sino ver lo que en los países escandinavos y en Inglaterra misma se ha conseguido con la acción legislativa y fiscal contra el alcoholismo. Esa doctrina sofística y sutil del ninguno o escasísimo valor de la ley, si es que no dé su efecto contraproducente, es la forma más dañina del anarquismo, que es a su vez la forma más sutil de la pereza espiritual y del conservadurismo. Eso es pasar de la quietud de la tradición a la quietud de la utopía. Y no se sabe todo el daño que hizo Heriberto Spencer a este respecto.

El doctor Jacques Bertillon, nos dice Gaultier, nos suministra un ejemplo probatorio del valor de la ley por lo que hace a la despoblación. Trátase de la ley Julia, que el emperador Augusto hizo adoptarse el senado romano el año 736. Sobre la palabra de Tácito se ha creído mucho tiempo que esa ley, que gravaba con ciertas cargas a los solteros, no tuvo eficacia. ¡Puro embuste! La inscripción de Anchra lo atestigua, puesto que diez años después de su adopción el censo de 746 acusa 170.000 ciudadanos



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



más, y el de 767 un excedente de 704.000 sobre este otro último, o sea, un acrecimiento anual de 8 por 1000.

Pasa luego M. Gaultier a proponer que se reprima sin debilidad la propaganda neomaltusiana, y que urge en Francia dictar una ley contra ella, como la han dictado el estado de Nueva York, el de Massachusetts, Dinamarca y Holanda. ¡Y la libertad! exclamará alguien. Pues sabido es lo que entienden por libertad los libertinos, y el neomaltusianismo no es sino libertinaje, y el más odioso, el hipócrita.

«Pero no basta reprimir—añade Gaultier—convendría no descorazonar a los que desean tener muchos hijos abrumando con cargas a las familias numerosas». Figúrense con que cara leería esto yo, que no tengo más que ocho hijos, cinco de ellos varones y el mayor de los cuales ha entrado en quinta este año y he tenido que pagar por su relativo alivio de servicio militar! Y por el segundo tendré que pagar dentro de dos años otro tanto, y la mitad de ello por el tercero, y la cuarta parte por cada uno de los otros dos, cuarto y quinto.

Hay quien aquí ha propuesto que cada familia no dé más que un sólo hijo al ejército, pero ese forzosamente.

Mr. Gaultier opina, con otros, que habría que desgravar impuestos a las familias que tengan más de tres hijos. Y Bertillon cree que para desgravar del todo a los dos millones de familias con más de tres hijos que hay en Francia, bastaría con cargar a los otros diez millones de ellas con una tasa adicional de un 20 por 100. Por mí que lo hagan, y si lo imitamos en España mejor que mejor.

Discute luego Gaultier otras medidas legislativas que se proponen, como las del derecho de sucesión, y muestra los peligros que pudieran entrañar provocando otros males al querer curar éstos.

Después trata de la asistencia a las madres y a los niños, y pasa a ocuparse en las subvenciones que Mr. Paul Leroy Beaulieu propone para las familias que tengan muchos hijos. Esto es, sin duda, un punto delicadísimo. Criar hijos en vista de subvenciones, hacer de ello casi una industria, nos parecería tan inmoral como los procedimientos neomaltusianos. Y ello me recuerda lo que una vez oí a un mendigo que decía con gran pinismo

que él necesitaba muchos hijos, pues eran todos a pedir y desde muy pequeñitos. «Para realzar la natalidad en Francia, o por lo menos, para evitar un nuevo descenso en ella — escribe Mr. Paul Leroy Beaulieu—el estado podría sacar partido de la pasión que los franceses sienten por las funciones públicas y los empleos filios... No tendría el estado sino decidir que a ningún funcionario se le dé título en los servicios públicos si no tiene tres o más hijos vivos... Entonces se vería a los empleados de toda clase, y no menos que a los empleados a las empleadas, preocuparse de llegar al tipo de matrimonio normal, el de tres o más hijos.»

No dudará el lector euan convencido estoy yo, padre de ocho hijos, de la necesidad del matrimonio normal, pero la medida que P. Leroy Beaulieu propone, me



3-156



parece una terrible espada de dos filos. Hay que evitar, a toda costa, que el estado se convierta en un hospicio. La pordiosería es el peor de los males; todo menos el hospicianismo. Me acuerdo que cuando estando yo todavía soltero, aunque con propósito y ganas de casarme, hice unas oposiciones, le dieron una de las cátedras a un desdichado, inepto a más no poder, y para justificarlo me dijo uno de los jueces que el pobre hombre era ya la octava o novena oposición que hacía y era padre de seis hijos. Y yo entonces montando en cólera, ante aquel acto hospiciano, exclamé: «¿Que él tiene seis hijos? ¡Pues yo aspiro a tenerlos!» Y he cumplido luego, y con creces, mi aspiración.

No, no, no, el camino es otro y es un camino moral. Lo que de Hanotaux es cité el otro día me parece, por otra parte, más viril que esto de criar hijos para empleados públicos.

Y luego estampa M. Paul Gaultier una frase enorme, reveladora de todo un pueblo y de toda una manera de pensar y de sentir. «Si l'on pouvait remettre à la mode les enfants, il y aurait, à n'en point douter, un grand pas de fait». Si se pudiera volver a poner en moda los hijos, se habría dado, sin duda alguna, un gran paso. «Remettre à la mode les enfants», ¡volver a poner en moda los hijos o los niños! ¡Enorme, enorme, enorme! Y uno recuerda que Rousseau puso en moda el que sus madres los criaran. ¡En moda! ¡Qué de comentarios se me ocurren a esto de volver a poner en moda los niños! Pero la pluma se me resiste a estamparlos; tan sarcásticos habrían de resultarme. Y es que nada me repugna más que los hombres o los pueblos donde ejerce imperioso poderío la moda. Suelen ser hombres y pueblos que parecen cambiar y no cambiar, profundamente conservadores so capa de revolucionarios y aun de anarquistas. Son como una ardilla que da vueltas dentro de una jaula.

Después de esa estupenda frase de que hay que poner de nuevo en moda a los niños pasa M. Gaultier a señalar las circunstancias que favorecen este estado de espíritu, es decir, aquel en que estén de moda los niños, y entre esas circunstancias intenta en primer lugar la vuelta a la tierra. Hace tiempo que en Francia, azotada por el urbanismo excesivo, se predica la vuelta a la tierra—«le retour à la terre»—y uno de sus más elocuentes y fervorosos apóstoles se ha hecho Mauricio Barrés, el autor de «Los desarraigados». «La salud de Francia—escribe Gaultier—depende en gran parte de ellos». Pero resulta que el neomaltusianismo hace en el campo tantos estragos como en la ciudad.

Lo de la mayor moralidad y la patriarcalidad de las gentes del campo no pasa de ser una leyenda. Hay una triste verdad en el fondo de aquella áspera novela de Zola que se llama «La Tierra». El urbanismo es acaso en un sentido un mal, pero es también un bien. La ciudad podrá hacer hipócritas; el campo hace cínicos. Y el ideal es poder vivir en los dos a la vez, en una especie de ciudad de campo o en un campo ciudadano o civilizado. Y dice luego Gaultier: «Instituciones



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



3-156

apropiadas podrían, por otra parte, transformar la mentalidad pública. Entre ellas las fiestas de los niños». Esto entra en la línea de aquello de la moda. Es la fe en la eficacia de las fiestas y festejos públicos de todos los pueblos de moda, «modernos». En cuanto la fe religiosa se entibia y oscurece y pierde su importancia las funciones de culto religioso la liturgia, sin la cual no viven los pueblos—y unos menos que otros—se hace civil. A las procesiones eclesiásticas suceden las cívicas. Desaparece una cofradía, pero es para fundarse un batallón de bomberos voluntarios o una asociación gimnástica. Figúranos, sobre todo, en un pueblo tan espectacular como el francés. «Le panache, toujours le panache!» Y Gaultier hace notar que esas fiestas de los niños han dado un gran resultado en Holanda y el Japón. En cambio aquí, en España, apenas hay fiesta de esas que prenda y arraigue. «Convendría, en el mismo sentido—escribe luego Gaultier—rendir homenajes a las familias numerosas, cada vez que se presenta la ocasión. Sí, podría instituirse una nueva Orden o una condecoración, una nueva Legión de honor de la fecundidad, con distintos grados según el número de hijos que tuviese cada padre de familia, lo que les permitiese ocupar un puesto de honor y preferencia en los espectáculos públicos.

Hace después notar el bueno de Gaultier todo lo que los maestros de instrucción primaria pueden hacer para la refundición de la mentalidad de un pueblo a este respecto. «Del institutor depende el porvenir... y le toca trabajar en la repoblación de Francia exaltando en el corazón de sus discípulos el amor a la patria, el gusto de las empresas, el espíritu de iniciativa y el goce del esfuerzo». «Quel bon sens; mon Dieu; c'est effrayant!» Eso pide acompañamiento de charanga, o sea de «fanfarre».

Ya al final de su artículo cae M. Gaultier en la cuenta de que la despoblación es un mal moral; es, sobre todo, un mal moral. «No se habrá, pues, hecho nada para combatirla, mientras se descuide reaccionar contra la «amoralidad ambiente» escribe. Estaría mejor que hubiese dicho «inmoralidad». «Es ya hora—añade—de que Francia se recoja en sí y que por un impulso de energía las jóvenes generaciones vuelvan a una vida más sencilla y más conforme al deber, a una concepción más elevada y a una práctica más desinteresada de la existencia. Basta ya de ruinosos egoísmos y de bajas codicias».

¿Conocen acaso mis lectores un librito admirable de un pastor protestante francés, M. Charles Wagner, titulado «La vía simple»? Es algo fundamental, aunque la lección que en él se predica no es a los españoles, y creo que ni tampoco a los hispano-americanos, a quienes nos la tienen que predicar. Porque para vida sencilla la que llevamos nosotros. Hay quien cree, no yo, que en exceso.

Y por último, dice el bueno de M. Gaultier: «He aquí por qué, en vez de acorralarlo, es oportuno favorecer el sentimiento religioso. Pues aparte que no hay



una sola religión que no prescriba tener una posteridad tan abundante como sea posible, el sentimiento religioso es, a pesar de los desfallecimientos que pueden acompañarle, un poderoso factor de moralidad. Hábitúa a dejar de pensar no más que en sí. Trabaja, además, en favor de la natalidad—y no es esta una de sus menores ventajas desde el punto de vista que nos ocupa—por la confianza en el porvenir que le acompaña. Quien no ve en la vida más que la vida misma vacila, como bien se comprende, en dar a nadie un regalo a las veces tan funesto. De hecho, si se limita a la prosecución de una dicha terrestre, de una dicha que se nos escapa a medida que nos imaginamos alcanzarla, ¿quién no se echará a dudar de que valga la pena de transmitirla? Aquel que, por el contrario, cree que nuestro destino no se limita a la existencia presente, éste tal estima que es bueno llamar a la vida al mayor número de almas que se pueda. ¿No es acaso para él el infinito una vocación?»

Todo esto último es, ¡qué caramba! casi elocuente. Y esto de que el infinito es una vocación para el que cree en otra vida no le ha salido del todo mal al bueno de Gaultier. Ahora, aquello de que no exista una sola religión que no prescriba tener una posteridad tan abundante como se pueda, me parece una afirmación algo aventurada y ligera. Porque da el caso que ha habido y aun sigue habiendo religiones pesimistas que predicán hasta lo que dicen ejecutó Orígenes. Acaso hubiese sido más claro, y sobre todo tratándose como se trata de Francia, que M. Gaultier hubiese dicho que hay que favorecer el sentimiento cristiano. ¿O es que tenía miedo de esta palabra? Y hay que decirlo claro; el movimiento neo-maltusiano va íntimamente ligado a una campaña de anticristianización. En el fondo del estado de espíritu público que lleva a las doctrinas y las prácticas neo-maltusianas late el gran hecho de la desesperación religiosa, o si se quiere irreligiosa moderna, la rabia de no poder creer en otra vida después de la muerte, el desencanto de la mera ciencia, la tristeza,

confesada o no, de haber perdido la vieja fe medioeval. Y luego la terrible insinceridad de no confesarlo o la cobardía de no entrar resueltamente en una vida de lucha y de contradicción íntimas entre la razón y el sentimiento, entre la ciencia y la fe. Y entretanto, sea lo que fuere, dar al mundo nuevos luchadores contra el destino y procurar que la batalla no cese. Y que aquellos que lleven la sangre de mi cuerpo lleven también la de mi espíritu; que haya de aquí a cien, a mil años, a miles de miles de años el mayor número posible de descendientes míos. Viviré en mis obras, sean éstas bullangueras o calladas; conspicuas o tapadas, pero viviré también, y tal vez sobre todo, en los que lleven la sangre que yo heredé de mis antepasados. Y quién sabe—hay que dejarnos soñar—si no resucitaré algún día en ellos!

MIGUEL DE UNAMUNO.



3-156



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S